

Dominique de Courcelles

*Escribir la historia, escribir historias  
en el mundo hispánico*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

398 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 9)

ISBN 978-607-02-0661-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de mayo de 2016

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/  
/escribirhistoria/hispanico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribirhistoria/hispanico.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## La escritura de la decadencia: la novela picaresca

Los cronistas, que — como vimos en los capítulos anteriores — situaron su acto de escritura de la historia entre el deseo de verdad que depende de un acercamiento al saber, de un acercamiento científico y de su dimensión política e ideológica, debieron, como los retratistas, escoger lo que es esencial para llegar a su fin. Supieron que una relación en espejo tiene que establecerse entre príncipe o un gran personaje y la historia de sus victorias y de su grandeza, igualmente entre los lectores y la historia de su país, formada tanto con sus propios sufrimientos y como con sus talentos y logros. Es esa relación en espejo la que puede contribuir a consolidar la unificación alrededor de un monarca y a constituir una identidad nacional, porque las vidas de los imperios y de los príncipes así como las de los héroes o de los santos están en la adecuación del deseo y de su realización. Suponiendo que la confrontación y la utilización de las fuentes escritas u orales son la base del trabajo del historiador, la historia tiene que implicar también una cierta empatía, instalar a los lectores en una suerte de respeto casi religioso en cuanto a los poderes y a los hombres célebres que se están presentando y dar a los lectores mismos una imagen satisfactoria y positiva de sí. En el umbral de la primera modernidad, la concentración de poderes en manos del monarca español tendió a focalizar las miradas en el destino de algunos individuos excepcionales por el papel que desempeñaban y en particular del rey, quien tenía entre sus allegados a cronistas encargados de describir para la posteridad las grandezas de su reino.

Ahora bien, en los siglos XVI y XVII, en ese momento de la historia llamado Siglo de Oro, la miseria era una de las mayores realidades de España, que estaba ligada a una crisis económica y social sin precedente. Si la segunda mitad del siglo XIV y el siglo XV ya estaban ensombrecidos por las pestes, las hambrunas y las guerras, el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, así como la política extranjera de los Habsburgo acentuaron esta tendencia catastrófica. De hecho el flujo de los metales preciosos del Nuevo Mundo benefició más a Europa que a España. El oro y la plata de las minas americanas, antes de ser tocados en Sevilla, ya estaban empeñados en los bancos de Italia y de Alemania. Estos metales preciosos que quedaron en España no alimentaron

necesariamente los circuitos de inversiones productivas. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, la inflación, la peste, las penurias y la malnutrición, sin olvidar los graves reveses militares, agotaron al país. Por todas partes se veían pobres formando masas que vivían de la caridad pública y andaban de ciudad en ciudad. Entre ellos había rateros, impostores, soldados desertores, toda un hampa andrajosa de pordioseros profesionales. Los reyes no sabían cómo enfrentar la situación y tanto quiebras como bancarrotas del país se sucedían. ¿Cómo aquéllos a quienes designaron los monarcas para escribir la historia de España o que buscaron obtener de esos monarcas el reconocimiento de su legitimidad como historiadores podrían tomar en cuenta datos tan negativos y, por evocarlos, aparentar emitir un juicio ético y político? Esa posibilidad, como tal, es quizá para ellos inconcebible, excluida. La miseria del país es del orden de lo indecible para la escritura de la historia.

Cuando Cortés consideró las ciudades de los mexicanos en los años 1515-1520 y las encontró tan civilizadas como las de los españoles, dio una explicación bastante sorprendente: “Hay muchos pobres en las calles, las casas, los mercados, que imploran a los ricos como lo hacen los pobres en España y en los otros países donde hay gente racional”.<sup>1</sup> Paradójicamente, el conquistador que se alejó de la miseria de su país y quiso convencer al rey de que lo necesitaba y de que tendía progresivamente a emanciparse de él, descubrió en la pobreza del Nuevo Mundo la conciencia de participar en la historia universal de la humanidad. Así fue como pudo aspirar a la gloria.

Pronto, en la península ibérica, hombres y mujeres insistieron en hablar de los fracasos repetidos, de la diferencia en relación con sí mismo, de la deshonra y de tantas fatigas dolorosas y en cernir los contornos de la vanidad, la miseria y la muerte. Según ellos, no se puede hacer obra de historiador. La mayoría de los clérigos y los letrados — nutridos de derecho y teología — tenía una gran experiencia en los asuntos públicos. Obsesionados por los males que sufría España, preocupados por el bien común, orgullosos de su hispanidad, usaban fácilmente la palabra declinación para caracterizar la situación, es decir el descenso o la decadencia. Pesimistas y lúcidos, con un ideal de justicia y de bienestar social, estimaban no obstante que la situación no era desesperada y querían contribuir a su despertar, participar en la restauración de la república. Es en este contexto que surgió la novela llamada picaresca a través de la narración biográfica de un héroe miserable, el pícaro, que produce un “efecto de realidad” generalmente asombroso y da la impresión de una restitución casi perfecta de un pasado que sin ella escaparía

<sup>1</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa, 1976, p. 2.

a España. La novela picaresca, al realizar la adecuación de una figura singular con un medio y con una época, se volvió consustancial para la historia en ese momento de la decadencia y de la catástrofe.

### *Los discursos de la pobreza*

Desde principios del siglo XVI, los humanistas, al igual que las ciudades ansiosas de procurar el orden y la paz a sus habitantes, se preocuparon y buscaron remedios contra la pobreza y las plagas que ésta conlleva. En 1524, Erasmo, cuando completó el compendio de *Coloquios*, agregó *Diálogo de los mendigos*, que evoca esa lucha establecida contra la mendicidad. Encontramos ahí al mendigo Irides alabando el oficio de mendigo profesional. Vivía a salvo en tiempo de guerra como en tiempo de paz. No lo alistaron para el servicio militar, no lo llamaron para cargos públicos, no lo registraron, cuando desollaron al pueblo con los impuestos nadie se acordó de él. Si cometió alguna fechoría, ¿quién se animaría a citar a un mendigo ante un juez? Mas su interlocutor, Misoponus (el Enemigo del Trabajo), antiguo mendigo vuelto alquimista estafador, le rebatió que las ciudades preparan a escondidas un régimen en el que los mendigos no tendrían la libertad de callejear a donde les gustara, en el que cada ciudad sustentaría a sus propios mendigos y donde los válidos tendrían que trabajar. ¿Y por qué hacen eso?, preguntó el mendigo, a lo que le contestaron que porque las ciudades constataron que las grandes tropelías se perpetraban detrás de la mendicidad.<sup>2</sup> Así es como Erasmo se hace eco de la amenaza de las ciudades y de los Estados contra los mendigos vagabundos.

Durante todo el periodo, los poderes públicos se empeñaron en poner fin a la mendicidad mas no lo lograron. Las Cortes de los antiguos reinos son en esa época, una de las tribunas privilegiadas de las inquietudes. Desde 1518, las Cortes de Valladolid prohibieron “que se prohíba a los pobres andar en el reino pero que cada uno mendigue en su país”. En 1534, Carlos V ordenó que los muchachos y las muchachas que pedían limosna fueran puestos al servicio de amos; y si volvían a mendigar, que fueran castigados.<sup>3</sup> Las municipalidades, temiendo la escasez y los disturbios, aplicaron numerosos edictos para expulsar despiadadamente a los vagabundos mientras que los

<sup>2</sup> Citado por Marcel Bataillon, “J.-L. Vivès, réformateur de la bienfaisance”, *Mélanges Augustin Renaudet, Bibliothèque d’Humanisme et Renaissance*, 14, 1952, p. 141-142.

<sup>3</sup> Citado por Margherita Morreale, “Reflejos de la vida española en el Lazarillo”, *Clavileño*, V, 1954, p. 28-31.

teólogos y los moralistas buscaron soluciones apoyadas en la razón y la caridad.

En 1526, oriundo de Valencia pero instalado en Burgos y amigo de Erasmo — quien había observado la miseria de los pordioseros en las ciudades grandes de Flandes —, Juan Luis Vives publicó *De subventione pauperum*, obra dedicada al Consejo de la ciudad de Brujas, su patria de elección.<sup>4</sup> Juan Luis Vives, quien casó con una mujer de la burguesía mercante de dicha ciudad, según Marcel Bataillon,<sup>5</sup> es un “espíritu puritano y laborioso”. Esbozó, al principio, una historia de la beneficencia cristiana a partir de lo que observó en España:

Antaño, cuando la sangre de Cristo todavía estaba caliente, tiraban todos sus riquezas a los pies de los Apóstoles para que las repartiesen según las necesidades de cada uno [...]. Desde entonces, se enfrió cada vez más la caridad. Un espíritu de ostentación y de gozo muy profano invadió la Iglesia. Impulsados por sus urgencias de dinero, algunos obispos y sacerdotes convirtieron en sus propios bienes y rentas lo que era antes de los pobres.<sup>6</sup>

Después Juan Luis Vives se volvió el intérprete de las ciudades que querían organizar la beneficencia pública y acorrallar a los mendigos sospechosos. Para que no lo inculparan de luteranismo, tuvo cuidado de no mezclar el problema de la mendicidad en general con el de la mendicidad monástica. La reciente experiencia de la ciudad luterana de Estrasburgo, tan alabada por sus visitantes, fue sin duda una lección para él, aunque evitó hablar de ello: ahí nadie pedía limosna y los pobres de la ciudad recibían ayuda para vivir decentemente, cada uno según su situación. Si bien reconoció que la pobreza es una de las condiciones de la virtud, consideró que el deber de ayuda y de beneficencia de los cristianos, el cual se debe basar en la filosofía y en las Escrituras y no en la casuística de la limosna, ante todo no debe favorecer la ociosidad. Se limitó a señalar el peligro de la guerra civil causada por injusticias sociales demasiado grandes.

Con mucho realismo, Juan Luis Vives diferenció cuidadosamente a los indigentes que tienen una vivienda aceptable de los mendigos de

<sup>4</sup> *De subventione pauperum* es traducido por primera vez en 1781 por Juan Gonzalo Nieto e Ibarra con el título *Tratado del socorro de los pobres o de las necesidades humanas*. En 1533 aparece en flamenco en Amberes y en alemán en Estrasburgo. Cfr. Abel Athougia Alves, “The Christian Social Organism and Social Welfare: the case of Vives, Calvin and Loyola”, *Sixteenth Century Journal*, 20, 1989, p. 3-21.

<sup>5</sup> Marcel Bataillon, “J.-L. Vivès, réformateur de la bienfaisance”, *op. cit.*, p. 143.

<sup>6</sup> Las traducciones se basan en la edición de Gregorio Mayans: Juan Luis Vivès, *Opera*, t. 4, p. 466.

la calle válidos o enfermos. Los mendigos de oficio le causaban horror físico y moral:

¿Cómo es posible que en los días de fiesta se tenga que acercar a la iglesia entre dos valles y dos escuderos apretados de enfermedades, de tumores pútridos, de llagas y otros males cuyos mismos nombres son intolerables y que sea el único camino por donde deben pasar niños, muchachas, ancianos y mujeres embarazadas? [...]. Se necesitaría una resistencia de fierro para soportar ese cuadro sin desfallecer, sobre todo cuando se llega en ayunas para recibir la comunión.<sup>7</sup>

Juan Luis Vives, primer teórico en comprobar el fracaso de la caridad cristiana, con gran lucidez propuso soluciones radicales. Confió a las autoridades municipales el cuidado de asegurar la subsistencia de los más desprovistos haciéndolos trabajar cuando podían hacerlo: “La mayoría de las corporaciones se queja por la escasez de mano de obra [...], no se pueden encontrar niños para accionar los tornos y las ruelas, porque, como dicen sus padres, mendigando traen más dinero a la casa”.<sup>8</sup> Era preciso regresar a su ciudad o pueblo de origen a los mendigos sanos que no eran de la región. Con la ley del trabajo para todos, el plan de Juan Luis Vives implicó la reforma del sistema de hospitales. Los inválidos y los incurables sin recursos, especialmente los contagiosos, debían ser internados en esos hospitales.

Ante todo y de manera muy innovadora, Juan Luis Vives declaró que no hay necesidad de acudir a la limosna tradicional sino que las fundaciones caritativas disponían de recursos suficientes para erradicar la pobreza que, para más eficacia, tenían que ser administradas por las ciudades y ya no por la Iglesia, que los sacerdotes no pueden apropiarse del dinero de los pobres con la argucia de la piedad y de las misas. Ellos ya disponían de suficiente y no necesitaban más.<sup>9</sup> El tratado de Juan Luis Vives fue severamente criticado en España en los siglos XVI y XVII por los defensores de la concepción tradicional de la limosna, particularmente las órdenes mendicantes que no dejaron de denunciar la causa de la intrusión inaceptable de los poderes públicos profanos en el dominio eclesiástico.

El movimiento de defensa de las ciudades españolas contra los mendigos y los vagabundos se incrementó a partir de 1540, mientras que en 1542 el franciscano Francisco de Osuna afirmaba que al pobre que trabaja para ganar sustento Dios lo bendice más que al que

<sup>7</sup> Marcel Bataillon, “J.-L. Vivès, réformateur de la bienfaisance”, *op. cit.*, p. 146-147.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 153.

mendiga en el nombre de Dios.<sup>10</sup> Al contrario, el dominico Domingo de Soto, profesor de teología en la Universidad de Salamanca, teólogo enviado por Carlos V al Concilio de Trento, fue el fervoroso defensor de la limosna y de la mendicidad. En 1545, en su célebre *Deliberación en la causa de los pobres* defendió el valor de la pobreza y de la mendicidad en la economía de la santificación y de la salvación. Reivindicó para los pobres la libertad de mendigar porque vivir de la caridad o ejercer la caridad era una elección a la que cada hombre tenía derecho y posibilidad de decidir. El mismo año, el benedictino Juan de Robles (o Juan de Medina), abad del monasterio San Vicente de Salamanca, le replicó en *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres* que el Evangelio encomienda la pobreza en espíritu y no la falta de bienes materiales y que por ello los príncipes debían esforzarse por acabar con la pobreza económica de sus súbditos mediante disposiciones apropiadas; era deseable y legítimo salir de la pobreza.<sup>11</sup> Siguiendo a Juan Luis Vives, Juan de Robles se preocupó por evaluar el trabajo en el interés de la naturaleza humana decaída, en tanto que Domingo de Soto quiere ante todo mostrar el derecho de los nobles arruinados a vivir en la pobreza sin dedicarse a actividades indignas: “Se debe considerar [escribe] que hay muchos de estirpe noble que viven en la pobreza porque perdieron sus bienes o porque son escuderos que no aprendieron ningún oficio, por lo que no pueden sufragar sus necesidades y para sobrevivir no tienen que rebajarse en un vil ejercicio y penoso oficio sino pidiendo justamente limosna”. Había que darles hasta más grandes cantidades que a los otros pobres de condición más baja.<sup>12</sup> Como lo había querido Juan Luis Vives, las leyes sobre los pobres llegaban a veces al encierro del individuo. El gran hospital de Toledo fue construido con ese objetivo por el cardenal Juan de Tavera.<sup>13</sup>

En 1546 y 1558 se establecieron listas de los pobres en la ciudad de Toledo. Los pobres estaban clasificados en dos categorías: los pobres “mendicantes” y los pobres vergonzantes. Los primeros, fácilmente nómadas y sin morada fija, eran los mendigos clásicos; se registraron 356 en 1546. Los otros estaban desprovistos de medios para subsistir y su rango no les permitía trabajar. La ciudad debía encargarse de su

<sup>10</sup> *Quinta parte del abecedario espiritual*, 1542, Salamanca, Juan de Junta, f. 65.

<sup>11</sup> Juan de Robles, *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres*, Salamanca, Juan de Junta, 1545.

<sup>12</sup> Domingo de Soto, *Deliberación en la causa de los pobres*, Salamanca, Juan de Junta, 1545, f. 8: *Deliberación en la causa de los pobres (Y réplica de fray Juan de Robles, OSB)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1965.

<sup>13</sup> Cfr. Linda Martz, *Poverty and welfare in Habsburg Spain: the example of Toledo*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

sustento: se contaban 10 819 de ellos. Obviamente esta última es una cifra muy alta.<sup>14</sup>

En 1598, el sabio Cristóbal Pérez de Herrera, médico del rey, autor de numerosos proyectos de reforma, dedicó al joven y nuevo rey Felipe III sus *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*. Propuso medios para convertir a los pobres en miembros productivos de la sociedad y, en particular, sugirió enviar a trabajar a los jóvenes en las fábricas útiles para el desarrollo militar de España. Los otros debían capacitarse en anatomía, cirugía, matemáticas, arquitectura y toda ciencia útil al país.<sup>15</sup> Mas ese tratado optimista, que ponderaba la movilidad social y valoraba el trabajo de las empresas, no se aplicó. Es obviamente significativo que Mateo Alemán, autor en 1599 de una de las más célebres novelas picarescas *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, haya sido el amigo del médico Cristóbal Pérez de Herrera. Nacido en Sevilla en 1547, Mateo Alemán († después de 1613) fue, él mismo, hijo de médico. Por parte de su padre era descendiente de una familia sevillana de judíos convertidos y por parte de su madre, de hombres de negocios florentinos, y radicó en Sevilla por las relaciones comerciales de esa ciudad con las Indias. Estudió primero artes, después medicina y finalmente leyes. Estuvo al servicio de la administración real hasta su partida a México en 1607, merced a la ayuda de un secretario del Consejo de Indias. En 1613, se perdieron sus huellas después de la publicación en México de sus últimas obras: un tratado de *Ortografía castellana y Vida de don García Gera, arzobispo de México*.

Si proyectos como los del médico Pérez de Herrera no encontraron seguimiento, fue porque durante todo ese periodo —es decir bajo el reino de los Reyes Católicos, de Carlos V y de los príncipes de la casa de Austria— en la sociedad española dominó la noción de hidalguía, que tomó mayor importancia a medida que España se negó a adaptarse a las nuevas condiciones económicas y al capitalismo que progresaba en los países de la Reforma. La aristocracia estaba fundada en el linaje y congregó a la pequeña y a la alta nobleza. El hidalgo “viejo cristiano”, que sostiene no tener ningún lazo de sangre con los judíos ni con los moros, estaba exento de impuestos y no trabajaba con sus manos. Su práctica de la limosna era verdaderamente constitutiva de su identidad cristiana; era el soporte más fuerte de la corona. Debajo de él, quedaron todos los artesanos, los negociantes, los “nuevos cristianos” o conversos

<sup>14</sup> Cifras dadas por Raphaël Carrasco, *L'Espagne de Philippe II*, París, Ellipses, 1999, p. 113-114.

<sup>15</sup> Cristóbal Pérez de Herrera, *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*, edición de Michel Cavillac, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.

de origen judío que ejercían oficios y en las ciudades constituían el núcleo de la futura burguesía española.

Cuando la rebelión de las comunidades de Sevilla contra Carlos V fue reprimida en 1521, en Villalar, los insurgentes, según sus adversarios, se caracterizaban por un escandaloso fervor igualitario. Fray Antonio de Guevara, alto dignatario de la Iglesia y predicador del rey, juzgaba que era vanidad y gran ligereza de espíritu de parte de esos plebeyos de la república pedir que todos en Castilla fueran igualmente contribuyentes y que todos pagasen el impuesto.<sup>16</sup> En su gran mayoría, la nobleza apoyaba al rey contra los comuneros. Hidalguía y “pureza de sangre” fueron los dos valores que asentaron a una sociedad en la cual se exaltaba a la aristocracia rural y los campesinos, probablemente en razón de las inquietudes suscitadas por el surgimiento de un espíritu burgués y por un principio de capitalismo que parecían caracterizar a los nuevos cristianos de origen judío. En 1547, el cabildo de la catedral de Toledo adoptó el estatuto de la “pureza de sangre”. A partir de esa fecha las “informaciones sobre la pureza de sangre” se multiplicaron. Eran indispensables para entrar al servicio del rey, para ser aceptado en ciertas órdenes religiosas o para ir a las Indias. El artesano, el negociante y el financiero fueron despreciados por la aristocracia dominante y numerosos teólogos. A fines del siglo XVI y durante el XVII, los españoles resintieron fuertemente una jerarquía moral.

Revelador de la concepción dominante fue entonces el texto del sabio monje agustino, él mismo de origen converso, publicado en 1583 y titulado *La perfecta casada*:

Tres maneras de vida son en las que se reparten y a las que se reducen todas las maneras de [... vivir]; o labran la tierra, o se mantienen de algún trato y oficio, o arriendan sus haciendas a otros y viven ociosos del fruto de ellas. A la vida de labranza pertenece no sólo el labrador, que con un par de bueyes labra su pegujar, sino también los que con muchas yuntas y con copiosa y gruesa familia rompen los campos y apacientan grandes ganados. La otra vida que dijimos, de contratación, abraza al tratante pobre y al mercader grueso y al oficial mecánico y al artífice y al soldado y finalmente a cualquiera que vende o su trabajo, o su arte o su ingenio. La tercera, vida ociosa, el uso la ha hecho propia agora de los que se llaman nobles y caballeros y señores; los que tienen o renteros o vasallos, de donde sacan sus rentas.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Citado por Joseph Pérez, “Pour une nouvelle interprétation des *comunidades* de Castille”, *Bulletin Hispanique*, 65, 1963, p. 238-283.

<sup>17</sup> Fray Luis de León, *La perfecta casada*, edición de Mercedes Etreros, Madrid, Taurus, 1987, p. 101-102.

Luis de León no vacila en juzgar cada una de las actividades humanas:

Y si alguno nos preguntare cuál de estas tres vidas sea la más perfecta y mejor vida, decimos que la de la labranza es la primera y la verdadera [...]. La ganancia es inocente y natural y sin agravio o disgusto ajeno; la ocupación es loable y necesaria, y maestra de toda virtud [...]. La segunda, la vida de contratación [...] diferénciase en, lo primero, que es la ganancia porque la recoge de las haciendas ajenas, y las más veces con disgusto de los dueños de ellas y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y así, cuanto a esto, tiene algo de peligro y es menos bien reputada [...]. En cuanto a la vida ociosa de los nobles: “si miramos a la ganancia, cuasi es lo mismo [...]. A lo menos nacen ambas de una misma fuente, que es la labor de la tierra, dado que cuando llega a los de la vida que llamamos ociosa, por parte de los mineros por donde pasa, cobra algunas veces mal color del arrendamiento y del rentero, y de la desigualdad que en esto suele haber; pero, al fin, por la mayor parte y cuasi siempre es ganancia y renta segura y honrada.”<sup>18</sup>

No se puede decir más claramente que el comercio consiste siempre en engañar a los demás.

Algunos españoles no dejan de denunciar esta sociedad que gasta y se endeuda sin producir. Al final del siglo XVI y durante la primera mitad del XVII surgió una profusión de proposiciones directamente dirigidas a los gobernantes y todas manifestaron la misma preocupación por el bien común. Los textos fueron escritos, en general, por excelentes observadores y en su conjunto presentaron una muy buena reflexión.<sup>19</sup>

En 1600, el jurista y economista, abogado de la cancillería real y consultor de la Inquisición, Martín González de Cellorigo, escribe que si no hay moneda de oro o de plata en España es porque la tiene; y que lo que hace su pobreza es su riqueza. Eso vuelve verdaderas dos

<sup>18</sup> Fray Luis de León, *op. cit.*, p. 102-103

<sup>19</sup> Citamos aquí, como ejemplo, las obras mencionadas por los historiadores Bartolomé Bennassar y Bernard Vincent en *Le temps de l'Espagne XVI-XVIIe siècles*, París, Hachette, 1999, p. 152: “Del *Despertador que trata de la gran fertilidad* (1581) de Juan de Arrieta a la *Restauración de la antigua abundancia de España* (1631) de Miguel Caxa de Leruela, del *Memorial de la política necesaria y útil restauración de la República de España* (1600) de Martín González de Cellorigo a la *Conservación de monarquías y discursos políticos* (1626) de Pedro Fernández de Navarrete, del *Gobierno político de la agricultura* (1618) de Lope de Deza al *Memorial en razón del remedio de la despoblación, pobreza y esterilidad* (1650) de Francisco Martínez de Mata se creó un pensamiento original consciente de la urgencia política del momento y constitutiva de una verdadera economía política”. Se trata exactamente de la época en la cual se desarrolla la novela picaresca.

contradicciones que, a pesar de no poder reducirlas formalmente, en nuestra España debemos considerar las dos como verdaderas [...]. Todo el mal proviene de que se menospreció lo que hace el soporte natural del hombre y de que se siguió una actitud destructora de toda la república, es decir creer que la riqueza reside únicamente en el dinero y el interés del dinero. Los títulos de renta que dan ese interés han hundido a ese país en el estado más bajo de miseria porque todos los españoles o la mayoría de ellos quisieron vivir de esos títulos y de sus rentas sin tratar de profundizar de dónde podrían proceder los medios para seguir sosteniendo tal modo de vivir [...]. Agrega que nadie obliga a los españoles a tener oficios serviles, a aplicar artes mecánicas ni a trabajar la tierra de tal suerte que todo lo lleva a su pérdida y es preciso buscar un remedio [...]. Le parece que han querido hacer de esa república una república de hombres encantados viviendo fuera del orden natural de las cosas.<sup>20</sup>

Esos hombres encantados que vivían fuera del orden natural de las cosas, según la notable expresión de González de Cellorigo, tuvieron una pasión social y cultural única, que es la honra.<sup>21</sup> De hecho la honra está ligada con la nobleza, emana del mismo ser en virtud de su nacimiento y, por descansar únicamente en la opinión de los demás, numerosos religiosos y pensadores la denuncian. La honra es en efecto un factor de discriminación social y de injusticia. El teólogo moralista Alejo Venegas escribió en 1545 que el más alto triunfo de la razón es vencer al ídolo de los ídolos, que se llama en español el “¿qué dirán?”, puesto que el castillo, la fortaleza donde se encuentra dicho ídolo, no es más que un desordenado amor de sí mismo. ¿Qué dirán si cortejo antes de que me cortejen? Dirán que es por bajeza y que me entrego a la gente vil.<sup>22</sup> Para el teólogo, la pasión de la honra era fuente de pecado y de perdición. Frecuentemente la cortesía era mentira y perversión tal como la costumbre de decirse entre gente de bien “Le beso las manos” y no “¡Dios lo cuide!”, que acostumbraban decir sólo los villanos. Es significativo que en una farsa de la época un campesino exclama: “Ojalá los hombres fueses hermanos y numerosas las buenas obras y que se dijese: ‘¡Dios lo cuide en invierno como en verano!’ Pero hoy día, los

<sup>20</sup> *Memorial de la política necesaria y útil restauración de la república de España y estados de ella y del desempeño universal de estos reinos*, Valladolid, 1600, edición de José Pérez de Ayala, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1992. Citado por Pierre Vilar, “Le temps du Quichotte”, *Europe*, enero-febrero 1956, p. 10-11.

<sup>21</sup> Arlette Jouanna en “La notion d’honneur au XVIe siècle”, *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, 15, 1968, p. 597-624, mostró que la honra, valor cardenal, encierra la virtud, su reconocimiento y su recompensa.

<sup>22</sup> Alejo Venegas, *Primera parte de las Diferencias de libros que ay en el universo*, 1545, IIIa. parte, cap. 22, f. 223. Humanista, cercano a Erasmo, Alejo Venegas es también autor del célebre tratado espiritual: *Agonía del tránsito de la muerte*.

cortesanos, sabe usted, inventaron una nueva artimaña: le muerden las entrañas y después le dicen: 'Le beso las manos' ".<sup>23</sup>

La célebre reformadora del Carmel, la religiosa Teresa de Ávila, en el libro de su *Vida* escrito entre 1560 y 1565, publicado en Salamanca en 1588, describió a su padre el hidalgo don Alonso Sánchez de Cepeda, descendiente de un rico toledano de origen judío que había comprado, como muchos otros *conversos*, su hidalguía a fines del siglo XV. Escribió que su padre era muy caritativo con los pobres y lleno de compasión por los enfermos. Su bondad con la servidumbre era tal que nunca se dejó convencer de aceptar esclavos por la pena tan grande que le daba su suerte.<sup>24</sup> Dice de ella misma que, al principio de su vida, era muy apegada a los honores del mundo al punto de poder perder su alma. "Empecé a desear agradar en parecer bien. Mi temor de perder la honra era muy vivo [...]. Lamento no haber tenido este coraje que me daba mi naturaleza a fin de no contravenir al honor de Dios, por no causar daño a lo que veía como el honor del mundo [...]. Puse toda mi pasión en buscarlo locamente".<sup>25</sup> La naturaleza de Teresa es esa hidalguía que impone la conformidad con normas sociales, que decide a partir de las apariencias y del destino individual, esa hidalguía que provocará los gastos suntuarios de su padre y la ruina de su familia. Estando en la casa de la noble doña Luisa de Cerda hacia el año 1562, Teresa se percató de que: "La preocupación de sostener la dignidad de su rango, no deja vivir. Hay que obedecer las exigencias de su estado y no de su temperamento [...]. Es una esclavitud, una de esas mentiras inventada por el mundo".<sup>26</sup> La "conversión" de la religiosa consiste precisamente en denunciar el honor del mundo y la vanidad mortífera de las apariencias y encomiar una nueva concepción de la justicia y de la verdad. Mas en la España del Siglo de Oro, su discurso solamente puede provocar los recelos de los poderes políticos y religiosos.

### *La verdad de la novela picaresca*

En este contexto apareció hacia 1550 lo que se llamó la "novela picaresca" en contrapunto con todas las reflexiones de los economistas,

<sup>23</sup> Citado por Américo Castro, en "Perspectiva de la novela picaresca", *Hacia Cervantes*, Madrid, 1957, p. 99-100.

<sup>24</sup> Santa Teresa de Jesús, *Obras completas. Libro de la vida*, 1, 2, edición de Efrén de la Madre de Dios, OCD, y Otger Steggink, O. Carm., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1986, p. 34.

<sup>25</sup> Santa Teresa, *op. cit.*, 2, 2-4, p. 36-37.

<sup>26</sup> *Ibidem*, 34, 4, p. 185.

los teólogos y los moralistas de España sobre la dramática realidad de la pobreza y de la decadencia del imperio.<sup>27</sup> Había ahí un fenómeno específicamente hispánico sobre el cual se ha interrogado mucho y que probablemente está ligado, no sólo a los aspectos arcaicos de la crisis económica y social que multiplicaron el número de pobres, tales como el apego a las nociones de hidalguía y de honra, el rechazo al trabajo, etcétera, sino también a la exclusión que castigó a los nuevos cristianos de origen judío.<sup>28</sup>

Según la estimación más aceptable, la novela picaresca cubrió desde 1550, fecha probable de la primera edición de la anónima *La vida de Lazarillo de Tormes*, hasta 1646, fecha de la publicación de *Vida d'Estebanillo González*. Pero esa última novela tiene por fondo la guerra de los Treinta Años que así se ve como un sustituto de la sociedad que atraviesan los pícaros anteriores. Es de notar que hubo tres ediciones simultáneas de *Vida de Lazarillo* en 1554 en Burgos, en Alcalá y en Amberes. Se ignora el autor, aunque sin duda se presenta como un humanista lúcido y crítico, cauteloso sobre la organización de la beneficencia por la sociedad de los ricos o por la Iglesia. En 1559, se prohibió el libro; es el año del advenimiento de Felipe II; mas se volvió a imprimir en el extranjero y siguió circulando. Finalmente, en 1573, se publicó de nuevo en España pero expurgado. Es sobre todo después de la publicación de la primera parte de *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán en 1599, primero en Madrid y más tarde en Barcelona y en Zaragoza, con un inmenso éxito, que el género conoció un gran florecimiento. En 1602, un plagiario de nombre Juan Martí mandó publicar una segunda parte de *Vida de Guzmán*. 1604 fue el año de la auténtica segunda parte, varias veces reeditada, y de una primera versión de *Vida del buscón llamado don Pablos de Segovia*, de Francisco de Quevedo, que circuló manuscrita hasta el año 1626 y que pudo ser considerada la última verdadera novela de ese género. En 1605, se publicó *La pícara Justina* de Francisco López de Úbeda, médico, agregado tal vez al todopoderoso duque de Lerma, favorito del rey.

La etimología de pícaro probablemente no es homogénea. La palabra surgió entre 1540 y fines del siglo XVI, al extinguirse el vocablo *picaño*, su sinónimo, que acaba por sustituir. Tal vez se pueden relacionar los dos vocablos con el verbo *picar*, que significa “pinchar”.<sup>29</sup> En esta

<sup>27</sup> Un estudio que propone una síntesis para la cuestión de la aparición del género es el de Edmond Cros, “La noción de la novela picaresca como género desde la perspectiva sociocrítica”, *Edad de Oro*, 18, 2001, p. 85-94.

<sup>28</sup> Cfr. Barry Ife, *Lectura y ficción en el Siglo de Oro. Las razones de la picaresca*, Barcelona, Crítica, 1992.

<sup>29</sup> Cfr. Joan Corominas, *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1987, artículo “pícaro”.

nueva designación de personajes considerados inferiores o marginales, así como bribones y vagabundos, pudo haber influenciado la mala reputación de los picardos y más todavía la de los flamencos, sobre todo a partir del momento que se rebelaron contra el rey de España. Acusaron a los picardos de volverse bandoleros; en general, eran descendientes de herejes de la región de Vaud refugiados en Picardía, y las voces *picard* o *beghard* designan tanto a los herejes como a los mendigos. Un largo poema sobre las guerras civiles en Flandes, escrito entre 1567 y 1598, utilizó de la misma manera el término pícaro y pordiosero para designar a los rebeldes flamencos. En una sociedad que identifica fácilmente la miseria con el vicio, todo indigente es objeto de desprecio o de sospecha.

En 1545, Alejo Venegas comparó a los picaños con los maleantes que fingen ser pobres. Venegas escribe que “Ellos podrían trabajar pero no quieren servir a un amo ni tener un oficio y no quieren porque quieren vivir una dulce vida [...]. Ellos no deben decirse *non habentes* sino *nolentes habere*: son ladrones públicos, vagabundos que, a pesar de poder trabajar y servir, viven la vida deshonesta de los picaños”.<sup>30</sup> Son esos falsos pobres los que pusieron en peligro al cuerpo social. En su obra citada anteriormente, el teólogo Juan de Robles retomó ciertas descripciones del tratado de Juan Luis Vives y explicó que “algunos se abren ellos mismos sus llagas, se vuelven ciegos, se mutilan, cercenan a sus hijos, y convirtiéndose en maestros en tales tentativas, engaños y otros innumerables que inventan a diario, recorren el país sin preocuparse por oír misa ni confesarse o comulgar cuando la santa Iglesia lo manda”.<sup>31</sup> *La vida de Lazarillo de Tormes*, libro sobrio y realista, menciona poco a los pobres de esa categoría, mientras que en la novela *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, al contrario, éstos desempeñan un papel importante. Fue el pobre de Florencia quien desfiguró a su hijo para hacer de él un monstruo y asegurarle así una renta en la mendicidad, o también fueron estos bandidos romanos quienes recorrieron y aterrorizaron las ciudades y los campos andando con su alforja al hombro y su bota de vino debajo del hábito. Juan de Robles añadió que, si alguien quería curarlos de sus heridas, algunos contestaban que ojalá Dios no permitiera que lo aceptaran porque el chancro de su brazo era para ellos una América y la llaga de su pierna un Perú.<sup>32</sup> El teólogo estimó que eran los auténticos pobres los que padecían del desvío de las limosnas y de la mala reputación de los mendigos mentirosos y ladrones. Es precisamente el reproche que se hace a él mismo

<sup>30</sup> Alejo Venegas, *op. cit.*, IIIa. parte, cap. 34.

<sup>31</sup> Juan de Robles, *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres*, Salamanca, Juan de Junta, 1545, f. 6.

<sup>32</sup> *Idem*.

Guzmán de Alfarache, ya maestro en el arte de imitar llagas y lepras que suscitan la caridad. Si el primer maestro de Lazarillo es un verdadero ciego, no deja por eso de ser el prototipo del falso mendigo, personaje tradicional de la literatura popular y folclórica que comercia con los rezos, abusa de la credulidad de los hombres y perjudica tanto a la vida religiosa como a la vida social de España. En su tratado mencionado anteriormente, Juan Luis Vives se interesó en recapitular los trabajos que podían ejecutar los falsos pobres, en particular los ciegos: manejar un torno; activar fuelles; hacer cajas, jaulas y canastas, los hombres, así como hilar y devanar, las mujeres.<sup>33</sup>

De hecho, la obsesión del falso pobre abrumó todo el siglo XVI. Lazarillo es eco de esa preocupación:

poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende a quince días se me cerró la herida. Y mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas después que estuve sano, todos me decían:

— Tú, bellaco y gallofero eres. Busca, busca un buen amo a quien sirvas.<sup>34</sup>

Lazarillo es un pobre ejemplar que pide limosna sólo para cubrir sus necesidades, está buscando siempre a un amo y no sale de la norma de la verdadera pobreza, tal como la define Domingo de Soto: “Un hombre, a pesar de ser sano y fuerte, puede no encontrar ni amo ni trabajo ni oficio. Y si no lo encuentra en su propia tierra, tiene derecho de ir a buscarlo en todo el reino y entonces es preciso otorgarle el permiso de pedir limosna a nombre de Dios”.<sup>35</sup> Es cierto que la verdadera pobreza autoriza el ejercicio de la caridad que es una de las tres virtudes teologales y por lo tanto es esencial para la vida cristiana y la salvación. También Lazarillo comenta: “Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo”.<sup>36</sup> La caridad huyó por la culpa de los falsos pobres.

En una de sus *Novelas ejemplares*, Miguel de Cervantes interpeló a los pícaros así: “¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo de este

<sup>33</sup> Marcel Bataillon, “J.-L. Vivès, réformateur de la bienfaisance”, *op. cit.*, p. 148.

<sup>34</sup> *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, edición e introducción de Marcel Bataillon, traducción y bibliografía de Bernard Sesé, París, Garnier-Flammarion, 1994, p. 155.

<sup>35</sup> Domingo de Soto, *Deliberación en la causa de los pobres*, Salamanca, 1545, f. 8.

<sup>36</sup> *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, *op. cit.*, p. 155.

nombre pícaro!"<sup>37</sup> Entonces son picaños o pícaros, los vagabundos, los holgazanes, los pordioseros, los bribones, los merodeadores, todos los que están al acecho de una limosna o de fechorías que cometer. ¿Pero, en el siglo XVI, quién no era picaño o pícaro? En efecto, en esa época, la mayoría de los españoles vivía muy mal y pasaba hambre. El rico robaba al pobre quien, a su vez, robaba al rico. Las Cortes de Castilla expusieron muy bien la situación en 1571: los cargos eran muy pesados y todo lo necesario a la vida de los hombres tan caro, que pocos eran los que podían vivir sin apuros.<sup>38</sup> En cuanto se trata de oro o de plata, todos los españoles son pícaros, ni más ni menos que ese Guzmán que Mateo Alemán se complace en presentar como el modelo de la condición humana española en el umbral del siglo XVII.<sup>39</sup> Guzmán es un ser improductivo, estéril, que roba para que le roben a él. El pícaro, como todos los "hombres encantados" que lo rodean, quiere hacer fortuna a expensas de los demás. Pero su fortuna se hizo para deshacerse y sus aventuras fueron el ciclo que volvió a comenzar sin cesar de una fatal vanidad e improductividad. Por ello, la novela picaresca sirvió para descubrir y revelar en cuál vanidad, en cuál vacuidad se hundía entonces la España que conquistó al Nuevo Mundo, lo que Michel Cavillac llamó "la degradación de los ideales y la crisis del capitalismo mercantil víctima de su precocidad".<sup>40</sup> El dinero no se quedó en las manos de los pordioseros, de la misma manera que el oro de América no se quedó en España. En 1586, las Cortes de Castilla pidieron al rey cuidar que el oro y la plata de las Indias quedaran en España porque el dinero era necesario para la vida humana, como lo comprueba la experiencia y como lo enseñan los antiguos que lo llamaban "vida del hombre, genio de la guerra, garante de las necesidades venideras y factor de todo".<sup>41</sup> Así es como el pícaro encarnó y asumió los valores ideológicos negativos de

<sup>37</sup> Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, II. *Novela de la ilustre fregona*, edición de Harry Sieber, Madrid, Cátedra, 2007, p. 141.

<sup>38</sup> Citado en *Romans picaresques espagnols*, bajo la dirección de Maurice Molho, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1968, p. CLIV.

<sup>39</sup> Marcel Bataillon, en *Le roman picaresque*, París, La Renaissance du Livre, 1931, p. 16, considera que la sociedad española, a partir de la segunda mitad del siglo XVI es "picaresca". La novela picaresca sería, entonces, si no el espejo, por lo menos la expresión de una nación en vía de desagregación. Félix Carrasco matiza esa afirmación y considera que esa visión, demasiado negativa, podría probablemente y únicamente aplicarse a algunos años del principio del siglo XVII, en *Inicios de la picaresca: ficción literaria y realidad histórica. La novela española en el siglo XVI*, Madrid, Vervuert, 2001, p. 237-243.

<sup>40</sup> Michel Cavillac, *Gueux et marchands dans le Guzmán de Alfarache (1599-1604): roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siècle d'Or*, Burdeos, Université de Bordeaux, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, 1983, p. 121 («la dégradation des idéaux et la crise d'un capitalisme marchand victime de sa précocité»).

<sup>41</sup> Citado en *Romans picaresques espagnols*, bajo la dirección de Maurice Molho, París, Gallimard, 1968 (Bibliothèque de la Pléiade), p. CLVII.

la sociedad española en un momento particular de su historia, el de la declinación; cristalizó en él una simbolización colectiva.

La decadencia de Sevilla desde el fin del siglo XVI era ineluctable. Por el contrario, el puerto de Barcelona era próspero. Guzmán de Alfarache explica: “Lo que de Barcelona supe la primera vez que ahí estuve [...] es que ser uno mercader es dignidad, y ninguno puede tener tal título sin haberse presentado ante el Prior y Cónsules, donde lo abonan para el trato que pone. Y en Castilla, donde se contrata la máquina del mundo sin hacienda, sin fianzas ni abonos, mas de con sólo buena maña para saber engañar a los que se fían dellos [...] y la república pierde la obra y trabajo destes hombres oficiales o labradores”.<sup>42</sup> Mateo Alemán llevó a su pordiosero a Italia porque sabía que allí estaba el oro del que se despojó a España a medida que estaba llegando de América. El recorrido de Guzmán coincidió con el de los metales preciosos que transportaban las galeras reales de Barcelona a Génova desde alrededor de 1580. Los banqueros genoveses acapararon el oro de Sevilla y del reino, mas el pordiosero — probablemente por el más grande placer de sus lectores españoles — acababa por traer a Barcelona su fortuna atesorada en Italia y pillada de los banqueros genoveses de los cuales se vengó. España, tal como sus héroes picarescos, gastó; cada uno quería vivir de sus rentas y transformó su fortuna en papel. Todos aspiraron a una vida ociosa y se encaminaron a la ruina. La novela picaresca, exposición de la deshonra y la pobreza, encierra una intención de autenticidad y de verdad.

Se ha insistido en que el término pícaro no figura en *La vida de Lazarillo de Tormes*. Pero es utilizado por Mateo Alemán en una *Declaración para la inteligencia de este libro*, que ubicó al principio de su primera parte: “Hay que presuponer entonces que Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro”, mientras que el título de la segunda parte es: “Atalaya de la vida humana”. Guzmán, el pícaro, estaba elevado al rango de atalaya, apto para descubrir con su mirada dominante los peligros de toda vida humana. Mas atalaya, que es a la vez el “observatorio” y el personaje “vigía-camino” o “vigía”, significa también en el caló de la época “ladrón”. La designación así generalizada para hablar del personaje o para calificar el libro es un tema de reflexión. Pronto la palabra evoca cualquier suerte de personaje. Jean Chapelain, traductor de Guzmán de Alfarache a principios del siglo XVII, entendió muy bien que, si el vocablo francés *gueux* se aplica perfectamente bien al pícaro Guzmán en la primera parte de su vida, es impropio para designarlo en la segunda parte desde el momento que deja de mendigar o de ejercer oficios hu-

<sup>42</sup> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, 2 v., ed. de José María Micó, Madrid, Cátedra, 2007, t. II, 3, 2, p. 374.

mildes tales como mozo de caballeriza, galopín de cocina o cargador, para volverse estafador de alto vuelo, negociante deshonesto y después padrote de su mujer, a quien prostituye. Entonces traduce pícaro como *voleur* y se justifica en su prefacio: “El pícaro ya no es pícaro. Es un Proteo con cien caras y cien formas diversas. Aquí todos los resortes son válidos”.<sup>43</sup> El sentido de la palabra se profundizó a medida que una reflexión política y social busca circunscribir el fenómeno de la pobreza: el pícaro, antítesis de la honra, de la justicia y de la virtud se vuelve un paradigma moral y social. La novela picaresca de Guzmán de Alfarache es en ese sentido una historia y una teoría del pecado de España.

Todas las novelas picarescas concuerdan, empezando por la anónima *La vida de Lazarillo de Tormes*, en reconocer el principio aristocrático según el cual toda dignidad y toda honra se fundan en la sangre. De hecho la deshonor picaresca supone la exaltación de la honra. La honra es la base de la vida social, es lo que hace la diferencia entre los hombres y vuelve posible el desarrollo del mito del pícaro que es, por inversión, la encarnación ejemplar de la deshonor. Miseria, mendicidad y hambre están subordinadas al tema de la honra. En *Lazarillo* es donde se encuentra, en el tercer amo del niño —que es el escudero miserable, el pobre vergonzoso— la decadencia moral de casta, de la moral de la honra. Lazarillo exclama: “¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llamaban honra, lo que por vos no sufrirían!”<sup>44</sup>

El pícaro es un héroe por antítesis, un héroe al revés cuyo primer cuidado siempre es revelar su linaje con el fin de afirmar su nobleza al revés, una hidalguía negativa, basada en una ascendencia de judíos y de prostituidos, de ladrones y de bandidos. Si se hereda la honra, al igual se hereda la deshonor. Mal nacido, el pícaro está destinado también a vivir así. Ningún pícaro rechaza la ley de su destino. Se supone que hay una fatalidad en la historia del pícaro que debe asumir su origen y su condición. El padre de Lazarillo de Tormes era molinero, ladrón, desterrado del reino; su madre se junta con un esclavo negro. El padre de Guzmán de Alfarache es un traficante quebrado, renegado; su madre es una prostituta, hija de prostituta. En cuanto a Pablos de Segovia, es hijo de un barbero que muere colgado y de una proxeneta judía. Este condicionamiento social es la hipótesis de todo pensamiento picaresco. Pese a eso, se salvaguarda la libertad del pícaro que dispone de su libre albedrío, un don que le permite guiarse, como lo piensa Guzmán:

<sup>43</sup> Jean Chapelain, *Avertissement au lecteur*, reimpresso en *Opuscules critiques*, París, Alfred-C. Hunter, 1936.

<sup>44</sup> *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, *op. cit.*, p. 171.

el astro no lo puede obligar ni tampoco todo el cielo, con todo lo que contiene, lo puede forzar.<sup>45</sup>

Cuando se editó en 1605, la primera parte de *Don Quijote*, poco después de la publicación de la segunda parte de *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, Cervantes no dejó de mencionar el género picaresco naciente. Es así como, entre los galeotes que encontró Don Quijote, uno de ellos — que dice llamarse Ginés de Pasamonte — se jactó de haber escrito el libro de su vida:

si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

— Dice verdad — dijo el comisario —; que él mismo ha escrito su historia, que no hay más y deja empeñado el libro en la cárcel, en doscientos reales...

— ¿Tan bueno es? — dijo don Quijote.

— Es tan bueno — respondió Ginés — que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que sé decir a voacé es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen.

— ¿Y cómo se intitula el libro?, preguntó don Quijote.

— *La vida de Ginés de Pasamonte* — respondió él mismo.

— ¿Y está acabado? — preguntó don Quijote.

— ¿Cómo puede ser acabado, respondió él, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

— Luego, ¿otra vez habéis estado en ellas? — dijo don Quijote.

— Para servir a Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho — respondió Ginés — y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro; que me quedan muchas cosas que decir y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

— Hábil parece — dijo don Quijote.

— Y desdichado — respondió Ginés —, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

— Persiguen a los bellacos — dijo el comisario.<sup>46</sup>

Ginés de Pasamonte expone aquí dos de las más importantes características de la novela picaresca y con más precisión de *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, cuya segunda parte acaba de ser editada:

<sup>45</sup> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, op. cit., t. 1, 3, 10.

<sup>46</sup> Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Martín de Riquer, edición conmemorativa IV Centenario, Barcelona, Juventud, 2005, p. 208-209.

el artificio que pide que el vil héroe sea al mismo tiempo el narrador sincero de su propia existencia y la convención del final de un relato autobiográfico, cuando el narrador sólo puede dar una mirada fugaz en una vida que no está todavía terminada. Ese acto de reconocimiento, por Cervantes, de la novela picaresca como género es el primero y es una crítica radical. El pícaro Ginés de Pasamonte es un criminal, lo que no son ni Lazarillo ni Guzmán de Alfarache. Cervantes, al querer asociar así el género picaresco y las biografías de criminales,<sup>47</sup> apartó cuidadosamente su hidalgo loco del modelo realista elaborado por Mateo Alemán. Don Quijote, a pesar de graves golpes y heridas que inflige a los que encuentra en su camino, no puede ser calificado de criminal puesto que es loco. Si bien tuvo curiosidad por leer lo que se escribe sobre él, no sabría dedicarse a narrar sus propias aventuras ni criticar las incoherencias de la política del rey de España, Felipe III, en el Mediterráneo. El caballero loco no se parece en nada al pícaro.

Cervantes quiso creer y hacer creer que el pícaro es un personaje que busca lucirse de la misma manera que los caballeros andantes que perturbaban la razón de don Quijote. En *La ilustre fregona* del compendio de *Las novelas ejemplares*, crea personajes de falsos pícaros, en especial el joven aristócrata Diego de Carriazo, quien decide llevar la vida libre picaresca y lo hace tan bien que podría dar clases en la universidad al famoso Alfarache.<sup>48</sup> Pese a haber cambiado de identidad y fingir ser un pícaro, la nobleza de Diego de Carriazo siempre resalta y lo traiciona, tal como la nobleza de la “fregona ilustre” que se descubre al final. La novela *Rinconete y Cortadillo* también es un pretexto para representar vidas picarescas y exponer un juicio político y social sobre la ciudad de Sevilla, presentada simbólicamente como carcomida desde el interior. Cervantes se rehusó a tomar en serio el postulado picaresco de una fatalidad de la antihonra.<sup>49</sup> Así es como la casa del temible jefe pícaro Monipodio la pinta como una casa “no muy buena, sino de muy mala apariencia”, mas si entra uno, descubre “un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljimiado parecía que vertía carmín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro; a otra parte estaba una estera de enea, y en el medio, un tiesto, que en Sevilla llaman maceta,

<sup>47</sup> Cfr. Anthony Zahareas, “El género picaresco y las autobiografías de criminales”, en *La picaresca: orígenes, textos, estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, edición de Manuel Criado de Val, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979, p. 79-111.

<sup>48</sup> Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, II. *Novela de la ilustre fregona*, op. cit., p. 139.

<sup>49</sup> Sobre la libertad picaresca: José Antonio Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*, cap. 7: “Individualismo y soledad radical del pícaro: la libertad picaresca”, Madrid, Taurus, 1986.

de albahaca".<sup>50</sup> Aquí es la apariencia, que es fea, mientras que el interior — que se oculta a la mirada — sorprende con su dulzura. El perfume de la albahaca bien puede disipar los miasmas del picaresco. Mientras Cervantes reaccionó a su manera, sutil y fuerte, a la problemática de Mateo Alemán, el aristócrata humanista, satírico y poeta don Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645) compuso entre 1604 y 1614 lo que ya es la última gran novela picaresca *Historia de la vida del buscón llamado don Pablos, exemplo de vagabundos y espejo de tacaños*, publicada en 1626.

Cervantes entendió que escribir su vida "con estos pulgares", cuando uno es bribón, es escribir una novela picaresca. La novela picaresca pertenece forzosamente a la autobiografía; contiene, en primera persona del presente de la escritura, una muy fuerte relación de implicación entre la historia narrada y el escritor de esa historia y da al lector la ilusión de acceder al pasado del héroe, ilusión acrecentada por la ilusión de medir su propia existencia, su propia finitud con la figura de la autobiografía. El uso de la primera persona concuerda con la instrucción durante el Renacimiento de un cierto individualismo caracterizado por el pensamiento humanista, la crítica filológica y nuevas elaboraciones filosóficas del conocimiento de sí mismo y de la determinación de sí, por ejemplo en *De la dignidad humana* de Pico della Mirandola, en *El cortesano* de Castiglione o en los *Ensayos* de Montaigne, después de las relaciones de Indias y todas las verdaderas historias de la península ibérica y del Nuevo Mundo. A propósito de *Lazarillo de Tormes*, Marcel Bataillon habló de "ficción autobiográfica" relacionando su aparición con otros textos de la misma época:

No es por azar que la ficción autobiográfica en prosa aparece en España alrededor de 1550, en géneros muy distintos: en el relato del *Abencerraje*, de Villegas; en la novela *Isea*, concebida por Núñez de Reinoso según una novela griega de Aquiles Tatios, y sobre todo en el *Viaje en Turquía*, que atribuimos al doctor Laguna. El héroe del *Viaje*, como su hermano mayor Lazarillo, lleva un nombre de personaje folclórico, mas el autor supo utilizar una información cosmopolita y unas aventuras imaginarias con tanto talento [...] que hace creer que su historia es una aventura verídica [...]. La forma autobiográfica es por ella misma factor de realismo.<sup>51</sup>

El autor anónimo de *Lazarillo*, tan crítico respecto de la Iglesia y la hidalguía, probablemente se inspiró en la fórmula autobiográfica de una

<sup>50</sup> Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares, I. Novela de Rinconete y Cortadillo*, ed. de Harry Sieber, Madrid, Cátedra, 2007, p. 209.

<sup>51</sup> *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, *op. cit.*, introducción de Marcel Bataillon, p. 36-37.

de las pocas novelas que nos legó la antigüedad latina: *El asno de oro* de Apuleyo, cuya primera traducción en español data de 1525 y fue reeditado cuatro veces entre 1536 y 1551.<sup>52</sup> Escrito en el siglo II de nuestra era, esa novela narra las prodigiosas aventuras de Lucius quien, a consecuencia de un error en el empleo de ungüentos mágicos, se vuelve asno hasta la intervención de la bondadosa diosa Isis, quien le permite recobrar su aspecto humano. El mismo Lucius cuenta su historia y así *El asno de oro* es el verdadero creador de la novela autobiográfica. El héroe lleva una existencia andante al servicio de numerosos amos, lo que se presta a sucesivas descripciones, crueles y satíricas, abriendo de esta manera ricas perspectivas a los creadores de la literatura picaresca y, en particular, al autor de la primera novela picaresca *Vida de Lazarillo*. El paso de *El asno de oro* a *Lazarillo* es tanto más evidente cuanto que el traductor español de Apuleyo no vaciló en actualizar el texto en latín: a los hipócritas sacerdotes de Isis, al servicio de quienes pertenece Lucius, los califica de *echacuervos*, vocablo que los españoles del siglo XVI utilizaban para designar a los charlatanes que explotaban la credibilidad popular exhibiendo falsas reliquias o vendiendo remedios presuntamente milagrosos. Se llaman ante todo *echacuervos* a quienes venden bulas de la cruzada, tal como el predicador de bulas del quinto tratado de *Lazarillo*.

También fue 1550 la época del Concilio de Trento y del principio de la Contrarreforma. Mientras que el autor anónimo de *Lazarillo* ofrecía su meditación lúcida y desengañada sobre la España imperial a través de la “ficción autobiográfica” de un miserable, en el Carmel de Ávila una religiosa se dedicó de igual forma al trabajo de la escritura de la historia de un personaje miserable y pecador, que es ella misma. A partir del relato ejemplar de Teresa de Ávila, beatificada en 1614 y canonizada en 1622, se multiplicaron las autobiografías espirituales en España. De la misma manera que las autobiografías picarescas, las autobiografías espirituales también se inscribieron en el “horizonte de espera” de los lectores españoles.<sup>53</sup> Es de notar que la santa castellana consagró precisamente los primeros capítulos del libro de su vida a la cuestión del punto de honor y a la lucha que tuvo que sostener contra su propio apego a las normas sociales y a las apariencias, es decir al pecado.<sup>54</sup> Los religiosos, sus “confesores”, que le pidieron escribir su

<sup>52</sup> Cfr. Antonio Vilanova, “*L’âne d’or d’Apulée, modèle et source du Lazarillo de Tormes*”, *L’humanisme dans les lettres espagnoles*, bajo la dirección de Augustin Redondo, París, Vrin, 1979, p. 267-285.

<sup>53</sup> Isabelle Poutrin, *Le voile et la plume. Autobiographie de la sainteté féminine dans l’Espagne moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1995.

<sup>54</sup> Me permito indicar aquí mi estudio: “*Thérèse d’Ávila ou l’angoissante passion de l’honneur*”, *L’individu face à la société: quelques aspects des peurs sociales dans l’Espagne du Siècle d’Or*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994, p. 99-110.

historia y su “método de oración”, es decir su experiencia como persona que renunció a la vanidad de las apariencias y a los honores del mundo, bien conocen la función identificatoria del relato de una vida como modelo moral edificante, idóneo para transmitir valores históricos que, en el preciso caso de santa Teresa de Ávila, son valores que invierten los valores dominantes. La *Vie* de Teresa de Ávila, a su medida, es subversiva, lo que explica la prudencia angustiada de su autora, quien sometió sucesivamente su manuscrito a los más renombrados y potentes religiosos de su época, teólogos e inquisidores de distintas tendencias. De hecho, la autobiografía teresiana regeneró profundamente el género de la vida de los santos, desde las pasiones medievales y la *Leyenda de oro* de Jacques de Voragine hasta los más recientes *goigs* y *gozos* de santos que cantan los fieles por toda la península ibérica narrando así las vidas heroicas de los santos, y respondió a un gusto del momento por las biografías antiguas o recientes de hombres ilustres y por la “invención” de héroes profanos caballerescos y extraordinarios. Lo que el historiador François Dosse llama “la edad heroica de la biografía”, que denomina “biografía modal”, busca a través de una biografía singular el modelo ideal que encarna.<sup>55</sup> “La ilusión biográfica”, según Pierre Bourdieu, no contradice la idea de que la biografía consiste en la ejemplificación y la ilustración de comportamientos o creencias propios de una clase social o de una época específica de la historia. Autores de su propia historia, sin que se pueda precisar en ninguno de los dos casos la adecuación de un límite entre ficción e historia, tanto el pícaro como la santa están en relación con una realidad histórica marcada a la vez por lo que conserva la memoria colectiva y por su propia imaginación. De ahí que el héroe ya es un individuo cualquiera, todo hombre o toda mujer.

### *La novela picaresca, pharmakos de España*

Una novela picaresca, nota Maurice Molho, es “una confesión imaginaria”. El pícaro narra en primera persona su experiencia, que consiste en sucesivas “fortunas y adversidades”, según los propios términos de Lazarillo de Tormes, “el fundador de la línea picaresca”.<sup>56</sup> En efecto, mientras que los pastores y los caballeros colmaron la imaginación de los lectores ávidos de la irreal plenitud de un universo soñado y una humanidad perfecta y que los espirituales propusieron una ruta hacia la perfección asignada a encaminar – quienes la practicaron hacia

<sup>55</sup> François Dosse, *Le pari biographique: écrire une vie*, París, La Découverte, 2005.

<sup>56</sup> Maurice Molho, “Introduction à la pensée picaresque”, *Romans picaresques espagnols*, París, Gallimard, 1968 (Bibliothèque de la Pléiade), p. XI.

una mejor vida después de la muerte —, el *pícaro* propone una representación socarrona de la experiencia cotidiana de los que mueren de hambre. El pícaro, ya sea Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache o el aventurero Pablos de Segovia, coloca al lector frente a todo lo que la condición humana encierra de negativo con el fin de desenmascarar lo que podría ser una ilusión. Los acontecimientos de la historia picaresca se suceden de manera ineluctable porque el pícaro, por su libre albedrío falsificado, se mueve forzosamente dentro de un universo sofocante y mortífero. Así es como la novela picaresca bien podría proceder de moralistas o de predicadores empeñados en conducir al hombre a la penitencia. El personaje del pícaro, hombre del pueblo, miserable, parece ser una creación de letrados inquietos nutridos de moral y de teología con fondo de historietas populares, folclóricas y jocosas. La novela picaresca, obviamente, no propone figuras directamente imitables como lo sería la del santo o del héroe profano. Mas, ya que las figuras picarescas pertenecen claramente al folclore o a la bufonada, la novela picaresca conserva la distancia y la diferencia que necesariamente separan a los lectores de los héroes cuya historia están leyendo. Permite la meditación sobre lo que constituye por inversión un ejemplo y, más comúnmente, la interiorización de la vida moral y el progreso del discernimiento. No olvidemos que en la misma época Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, planteó nuevas técnicas de aprendizaje del discernimiento.

Tal como Teresa de Ávila, el ficticio Lazarillo dice escribir a petición de un tercero. Su prólogo, como el de la religiosa, expone una dialéctica sutil entre el “yo” autor y el comanditario. Además, el texto del Lazarillo puede ser clasificado en el género epistolario puesto que es la respuesta a una carta: “Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomarle por el medio, sino del principio”.<sup>57</sup> Por ello esa novela está ligada a un acontecimiento de la historia literaria europea de su época, la boga de las letras, género iniciado en Italia por Aretino con sus *Letras* en 1538 y en España por fray Antonio de Guevara con sus *Epístolas familiares* de 1539-1541. Santa Teresa asevera que hubiera querido —ya que le pidieron exponer por escrito y con gran libertad su método de oración y las gracias que el Señor le había dado— tener la misma libertad para narrar con detalles y claridad sus “grandes pecados y ruin de vida”, que en eso hubiera encontrado un gran consuelo, pero no se lo permitieron.<sup>58</sup> Y agrega que espera que ese relato contribuya a glorificar y bendecir al Señor y además que aclare

<sup>57</sup> *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, *op. cit.*, p. 86.

<sup>58</sup> Santa Teresa de Jesús, *op. cit.*, p. 33.

sus confesores.<sup>59</sup> Santa Teresa no escribió sus pecados sino su camino hacia la santidad y su dominio espiritual. Su vida es una lección para los pecadores y también para sus “confesores”. Lazarillo, quien escribe sus pecados y su triste vida, se estima satisfecho por su trabajo de escritura. Su vida es un ejemplo para los miserables y a la vez una lección para la “gente de bien”, comprueba que aquí en este bajo mundo cada hombre tiene su propio valor:

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos y no entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren todo los deleite [...]. Que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas peligros y adversidades [...]. Y también porque consideren los que heredaron nobles Estados cuán poco se les debe. Pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.<sup>60</sup>

Así es como ambos, la santa y el mendigo, esperan que sus lectores saquen provecho de la historia de su vida y Lazarillo no vacila en decir que está convencido de que su texto pueda darle gusto a su lector. La autobiografía picaresca es la inversión de su autobiografía santa a pesar de que las dos positivaban el camino de la vida humana. Un editor moderno de la versión en alemán de *Lazarillo* encontró que la novela da un sentido optimista a la imagen de la rueda de la fortuna a la cual la Edad Media, en su ocaso, había dado un sentido desalentado y también subrayó el tono sarcástico de la expresión que cierra la novela dejando al héroe “en la cumbre de toda buena fortuna”.<sup>61</sup> ¿Cuál es el alcance exacto de la historia de Lazarillo y de su éxito social? ¿Es su *Vida* una novela del fracaso? En todo caso no es sólo un libro de recuerdos, es un libro que moldea el autor en el momento mismo que lo está escribiendo, un libro que participa en la ascensión del sufrimiento y de la pobreza. Es cierto, Lazarillo es un pícaro cuando es criado de un ciego, mendigo hambriento o aguador, sin embargo nunca se complace en bajos oficios, tampoco en la pereza; es capaz de sentido común y de caridad y su historia es la

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 34.

<sup>60</sup> *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, *op. cit.*, p. 84-86.

<sup>61</sup> Hermann Tiemann, *Leben und Wandel Lazaril von Tormes [...] verdeutsch 1614*, mit Nachwort, Bibliographie und Glossar versehen von Hermann Tiemann, Hamburgo, Maximilian Gesellschaft, 1951, p. 117-121. Citado por Marcel Bataillon en la introducción de *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, *op. cit.*, p. 72.

de su ascenso social, de su acercamiento a la “gente de bien”, a los que poseen suficiente dinero para llevar una vida decente; entonces está listo para defender con una vieja espada más su felicidad que su honra conyugal. La escritura de su historia participa en su promoción social, por dudosa que ésta sea a los ojos del lector, de la misma manera que la escritura de la historia de su experiencia espiritual para la religiosa – constantemente blanco de las sospechas de la Inquisición – y ayuda a clarificar esa experiencia y contribuye a su permanencia. La “conversión” de la religiosa consiste en renunciar radical y absolutamente a los honores del mundo con la esperanza de la felicidad celestial.

Muy diferente de *La vida de Lazarillo*, *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache* se presenta como un diálogo entre el pordiosero y un personaje anónimo y mudo, el lector es omnipresente y multiforme, “vulgar enemigo” o “prudente”. Es también sobre todo un encuentro cara a cara que opone el personaje a sí mismo, como un juego de espejos, una novela dialéctica. El pícaro se vuelve su propio antagonista. El libre albedrío de Guzmán sigue comprometido en su historia que es a la vez la de un alma predestinada a su deshonra, a su perdición, a su infierno personal. La historia de la humanidad es una vasta novela de pícaros; las almas son iguales en la deshonra del pecado original. Guzmán de Alfarache trabaja durante su adolescencia en oficios degradantes, después roba, mendiga y vive de expedientes; se endeuda, se arruina y ostenta su falta de honradez. Entendiéndose, cosa sorpresiva, con los más grandes espirituales de su época, Guzmán de Alfarache niega de una manera razonada toda la honra del mundo: para él todo es vanidad; es miseria tener que soportar tantas miserias que buscan todas o, mejor dicho, apoyan esa desdichada y frágil honra y le impiden hundirse. Al final no deja de decirse que es bienaventurado el que pudo atarla y lastrarla con piedras y plomo para sepultarla en el fondo del mar para que no salga de ahí y desaparezca para siempre.<sup>62</sup> Profundamente pesimista aun cuando llega a cruzarse, excepcionalmente, con alguien íntegro, afirma y demuestra que todo el mundo roba, todo el mundo miente: que no hay hombre para el hombre. Vivimos todos al acecho unos de los otros como lo hace el gato con el ratón, la araña con la serpiente durante su dolencia, se escurre por un hilo cerca de ella, se agarra de su nuca que aprieta estrechamente y no la deja hasta que su veneno la mate.<sup>63</sup> Así la masa de los malvados puede más.

El pobre Lazarillo lo experimentó amargamente. Él, quien constantemente tuvo que padecer el hambre que le impusieron sus amos, se

<sup>62</sup> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, op. cit., I, 2, 4.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 207.

lamenta: “¡Oh, señor mío, dije entonces; a cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida!”<sup>64</sup> Guzmán de Alfarache da una temible y realista definición de la pobreza. La pobreza si no es hija del espíritu es generadora del oprobio, infamia general, disposición para cualquier mal, enemiga del hombre, lepra dolorosa, camino a la perdición, océano donde se ahoga la paciencia, donde se consume la honra, donde la vida se acaba y donde se pierden las almas. Un pobre es una moneda que ya no circula, es la fábula del barrio, el residuo de la ciudad, la basura del lugar y el asno del rico. Además sus advertencias son tonterías, su sabiduría es demencia, su opinión guasa, su bien es de todos, la mayoría lo ultraja y es odiado por todo el mundo. Si conversa con alguien, no lo escuchan. Si lo encuentran, huyen. Por fin sus pensamientos son crímenes, no respetan su derecho y después de tantas injurias anhela la otra vida.<sup>65</sup>

Es entonces cuando la indigencia garantiza al hombre, liberado de toda quimera y convencido de la decadencia de la humanidad, la plenitud de su ser. El pordiosero puede cantar, contra la moral social, los placeres de la vida de mendigo: encontrar siempre la mesa puesta, la cama tendida, una vivienda sin problemas, sus ganancias siempre adelante, su bien protegido, no temer a los ladrones ni la lluvia, no preocuparse en abril ni desconfiar en mayo que son los gusanos roedores del campesino, no perder el sueño a causa de una moda o de un atuendo, no tener nunca necesidad de halagar o de mentir para hacerse valer y lograr lo que se quiere. No tiene que llevar un cierto tren de vida para que lo estimen, tampoco ir de visita para que no lo olviden o buscar un pretexto para hablar y que lo vean o hablar de linaje para decir que el suyo es irreprochable.<sup>66</sup> Porque la honra y sus coacciones, tales como la ambición y las ansias de la riqueza, impiden al hombre esclavo de ellas disponer libremente de él mismo. Por lo tanto, la total carencia de moral del pícaro es la condición para que pueda asumirse plenamente tanto en la desdicha como en la felicidad. Los imperativos de la honra, que es una premisa de la sociedad, son incompatibles con las exigencias espirituales. Condenado a las galeras, encadenado a los remos, azotado hasta sangrar y crucificado en el palo mayor de la galea, en los últimos capítulos de su historia picaresca, Guzmán vislumbra la verdad según hubiera debido vivir. Así pues, la indigencia puede ser libertadora, operante de conversión puesto que el mendigo es abierto a una moral de otro orden; la libertad se restablece en la no libertad y

<sup>64</sup> *La vie de Lazarillo de Tormes*, edición bilingüe, *op. cit.*, p. 139.

<sup>65</sup> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, *op. cit.*, I, 3, 1

<sup>66</sup> *Ibidem*, I, 3, 5, p. 387.

es con esa libertad que, finalmente, puede establecer la relación entre un hombre y un Dios atento y curador de todos sus actos. Esa moral de otro orden es tanto más rigurosa cuanto que no se funda en la opinión de los demás sino en los mandamientos más exigentes de Dios. Así dialogan infinitamente, sin nunca encontrarse, el hombre viejo preocupado por sus placeres que cita al poeta pagano Horacio y el hombre nuevo en busca de su salvación que cita el *Eclesiastés*. De esos dos planes conjuntos de vida, uno cubrirá el otro. El pícaro se vuelve asceta. Maurice Molho comenta que

Mateo Alemán, tan atento a los fenómenos sociales y económicos que sacuden la monarquía española hasta sus cimientos, que observa con la lucidez de un financiero ejercitado en la meditación de los grandes y pequeños negocios, se escuda tras un realismo espiritual sin vínculo con las cosas de este bajo mundo: última paradoja de un pensamiento picaresco que, condenado entonces a la impotencia, trasciende en el “más allá” católico que le hace contrapeso y cuya perspectiva abierta da un sentido, al mismo tiempo que lo contrarresta al fracaso, en sí irremediable, de la experiencia terrenal.<sup>67</sup>

La segunda parte de *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache* termina cuando el pícaro dice que pone punto final a sus infortunios, que pagó su cuenta con su mala vida y que la que llevará el resto de su existencia se verá en la tercera y última parte si Dios le da licencia, antes de la otra, la vida eterna en la que esperamos todos. Concluye: “Laus Deo”.<sup>68</sup> La obra de Mateo Alemán repercutió en las almas de los lectores españoles como una disciplina que uno se da, como un remedio.

El célebre teólogo dominico, Luis de Granada (1504-1588) subrayó en *Memorial de la vida cristiana*,<sup>69</sup> escrito entre 1561 y 1565, el rol purificador del sufrimiento y de la miseria. Dice que es preciso notar que el orden, comúnmente requerido para realizar ese cambio de vida y elevarse del pecado a la gracia, es el mismo que se observa generalmente para elevarse de la gracia menor a la gracia mayor. Eso por que, cuando

<sup>67</sup> “Mateo Alemán, si attentif aux phénomènes sociaux et économiques qui ébranlent la Monarchie d’Espagne jusque dans ses assises et qu’il observe avec la lucidité d’un financier rompu à la méditation des grandes affaires et des petites, se retranche dans un réalisme spirituel sans lien avec les choses d’ici-bas: paradoxe ultime d’une pensée picaresque qui, vouée désormais à l’impuissance, se transcende dans ‘l’ailleurs’ catholique qui lui fait contrepois et dont la perspective ouverte donne un sens, en même temps qu’elle l’annule, à l’échec, en soi irrémédiable, de l’expérience terrestre.” *Romans picaresques espagnols*, bajo la dirección de Maurice Molho, *op. cit.*, p. LXXVII.

<sup>68</sup> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, *op. cit.*, II, 3, 9, p. 522.

<sup>69</sup> Luis de Granada, *Obra selecta*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1962, *Memorial de la vida cristiana*: tratado 2, cap. 7, p. 215.

Nuestro Señor quiere elevar un alma y llevarla a realizar grandes cosas, la prepara antes con gemidos, deseos y temores y dolores, con aflicciones del espíritu y sufrimientos corporales a fin de entregarle su don. Que, de hecho, Dios quiere que siempre un invierno lluvioso y tempestuoso preceda una estación llena de flores y fructífera con sus dones y sus gracias. Agrega que más grandes serán sus gracias, más grandes serán las aflicciones y apetencias que deben precederlas, razón por la cual no hay que desanimarse ni desalentarse al verse en tal estado sino, al contrario, tomarlo como un signo y una prueba de las nuevas gracias que Dios nos quiere dar. De hecho, las novelas picarescas del autor anónimo de *Lazarillo* y de Mateo Alemán primeramente abandonan a su héroe en este invierno lluvioso y tempestuoso de la vida picaresca que también es la vida humana.

Es así que, con fondo de decadencia económica y social y de Contrarreforma católica, desde la historia de *Lazarillo* hasta la de Guzmán, la novela picaresca, historia de pordioseros, mendigos y ladrones, entre ficción y realidad histórica, se volvió un discurso sobre la autenticidad y mostró una tendencia a construir, paradójicamente por inversión, un discurso moral de aprendizaje de una verdad a la vez inmanente y trascendental. Al representar un fenómeno específicamente español y limitada en el tiempo, ofrece a sus lectores de España un espejo implacable. Al informar sobre la vida y las costumbres de los pobres y de los excluidos de los honores y de los poderes, traza con lucidez un aflictivo retrato del país y no deja de suscitar una fuerte curiosidad dentro y fuera de España. Sin embargo, al mismo tiempo y probablemente es su eficacia lo más irremplazable y original, al hacer prevalecer en ellos mismos, *Lazarillo* o Guzmán, que escriben su autobiografía, su capacidad para salir de su determinismo, es decir de su condición de criatura caída por el pecado original, la novela picaresca permite a una identidad española afirmarse en nuevas bases para reconquistar su grandeza y su salvación. Así, la novela picaresca encuentra su función de *pharmakos*, tal como afirma Jacques Derrida.<sup>70</sup>

De hecho, en *Fedra* de Sócrates, el *pharmakon* actúa como un veneno, mas ese veneno se vuelve —gracias al efecto del *logos* socrático— un medio de liberación, una posibilidad de salvación y una virtud catártica. La cicuta que bebe el filósofo libera el alma del cuerpo y despierta la verdad; tiene un efecto ontológico. La pureza del interior puede ser restaurada solamente si se acusa la exterioridad en la categoría de un suplemento, un remanente perjudicial para la esencia. Es convenien-

<sup>70</sup> Jacques Derrida, *La dissémination*, París, Seuil, 1972, p. 132-154. Es lo que sostiene también Anne J. Cruz en su bella obra *Discourses of poverty: social reform and the picaresque novel in early modern Spain*, Toronto, University of Toronto Press, 1999, p. 74-115.

te dejar el exterior en su lugar, de tener el exterior que es a su vez el excluido, el remanente, al exterior. El pícaro que escribe su historia es un excluido de la sociedad española de la “gente de bien”. La novela picaresca es un accidente, un excedente en la literatura española y, de hecho, pronto se agotará; sin embargo, es necesario para la reconstitución de la identidad española que se encuentra en estado de crisis y de desastre. En efecto, en la curación, se trata de recurrir a esto mismo que se quiere suprimir. Podemos decir que, de la misma manera que el *pharmakos* es el brujo, el mago y el envenenador, la autobiografía del pícaro expone a su héroe y se expone como la víctima propiciatoria que es preciso circunscribir, delimitar exactamente aquí gracias a la escritura con el fin de excluirlo del cuerpo social y fuera de la ciudad; gracias al pícaro, la sociedad expía su culpa americana y se cura. A través del ritual del *pharmakos*, cuyo cometido es eliminar lo bestial y lo monstruoso, el cuerpo limpio de la ciudad puede reconstituir su unidad, ensimismarse en la seguridad de su fuero interno después de la exclusión violenta del representante de la amenaza o de la agresión exterior. Sin embargo, ese representante sigue imperante, mantenido por la comunidad, es decir los pobres de la España de los siglos XVI y XVII. No olvidemos que, en 1564, Felipe II volvió a permitir la mendicidad. La autobiografía picaresca, con su tono irónico, socarrón, sería así parte del ritual de salvación de una sociedad en crisis, correspondería también al momento crítico de la exclusión; sería el *logos* escrito, un recurso para el escritor lúcido a fin de recordar las cosas sobre las cuales se puede escribir y contribuir a su anulación; sería el ritual de purificación de los problemas económicos y sociales causados por el descubrimiento y la explotación insensata del Nuevo Mundo.

En la literatura española se multiplican entonces los pillos, mientras que la problemática tan vigorosa de Mateo Alemán tiende a desaparecer. Desde la Segunda parte, apócrifa, de *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, de 1602, a la *Pícara Justina* de 1605 y hasta la *Vida y hechos de Estabanillo González, hombre de buen humor*, de 1646, quizá la autobiografía auténtica de un bufón, la irrisión se practica frecuentemente casi al límite del exhibicionismo y de lo burlesco. La *Historia del buscón llamado Pablos de Segovia, vagabundo ejemplar y espejo de los bribones* de Quevedo fue considerada una imitación virtuosa de *La vida de Lazarillo* y *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache* pero es una novela desprovista de toda ironía, sin conflicto ni dialéctica. La antihonra de Pablos de Segovia, hijo de un barbero ladrón y de una bruja judía, sobrino de verdugo, no es tema de ningún debate. No hay posibilidad de interrogarse sobre el alma del mendigo, sus cualidades o sus defectos. ¿Es capaz de ser caritativo como Lazarillo con su amo el escudero? ¿Saluda como Guzmán

de Alfarache? Estas preguntas son inútiles. El lector está confrontado con la historia amarga y displicente, llena de episodios escatológicos, de un pícaro que no tiene ninguna interioridad, cuyo sentido humano está aniquilado, que no es más que un monstruo desprovisto de razón: “quien no roba, no vive en este mundo”, le enseñó su padre.<sup>71</sup> La escritura quevediana no deja de recordarnos el estilo de Jerónimo Bosch, cuya pintura fue muy apreciada en esa época por los españoles y sus príncipes. Hay que notar que el único personaje con cara de hombre entre monstruos grotescos y en la ausencia de Dios es un tal Diego Coronel, cuya honra es indiscutible y no discutida. En una España ensimismada en su decadencia, Quevedo se ve convencido de que la razón y el poder pueden pertenecer solamente a la aristocracia de sangre y dedicado a la búsqueda de un superhombre salvador capaz de erigirse sobre ese espantoso universo de pieles sin fe ni ley. La *Vida de Marco Bruto* de Quevedo, escrita mucho después de la desaparición del pensamiento picaresco tal como lo expresó el autor anónimo de *La vida de Lazarillo* o Mateo Alemán, es una abrumadora apología del cesarismo. Los monstruos de la *Historia del buscón llamado Pablos* a la manera de Lazarillo o de Guzmán – pero totalmente diferente –, que sólo pueden ser objetos de un inmenso desprecio, proyectan la necesidad de un César. Así se pone en perspectiva la historia de España.

### *En conclusión*

Al término de esas “autobiografías imaginarias” de los pícaros, de esos libros voluntariamente apocopados y perspectivas, todo es posible, todo queda abierto. ¿Queda Lazarillo en la cumbre de su buena fortuna? Todo parece indicar que hace lo necesario para conseguirlo. En cuanto a Guzmán, parece dispuesto a una regeneración definitiva. La vida picaresca de Pablos termina con la noticia de su próxima salida hacia el Nuevo Mundo, sin que por eso se trate para él de un cambio de vida: así sigue indefinidamente, para los lectores, el entretenimiento, no sin un voyerismo casi malsano hasta que aparezca un César. La novela picaresca, al introducir la muerte social en el meollo de su propio discurso, es un instrumento para el exorcismo de esa misma muerte. Simbólicamente permitió a la sociedad española situarse en una nueva posibilidad de existencia y de historia, dotándose de un lenguaje sobre lo que se volvió un pasado. Así la novela picaresca es una de las con-

<sup>71</sup> Francisco de Quevedo, *El buscón*, ed. Domingo Ynduráin, Madrid, Cátedra, 1980, p. 762.

diciones de la viabilidad de grandeza de una sociedad y de su supervivencia en la decadencia. Mas mientras la anónima *Vida de Lazarillo* y *La vida del pícaro Guzmán de Alfarache* ofrecen una visión lúcida y resueltamente optimista del hombre, de sus posibilidades de conversión y además pertenecen así a una escritura de la historia de una cierta grandeza de España compartida por todos desde el más humilde súbdito hasta el rey, la última novela picaresca que debemos a Francisco de Quevedo procede de un pensamiento de la decadencia de la humanidad que excluye todo reparto de las responsabilidades políticas.

